

purorelato

V CONCURSO
DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

LOS 50 MEJORES
MICRORRELATOS
ACOMPAÑADOS DE
DOS FIRMAS INVITADAS

DONATO NDONGO
REMEI SIPI



CASA ÁFRICA

puro relato

purorelato

V CONCURSO DE MICRORRELATOS - CASA ÁFRICA

Los 50 mejores microrrelatos acompañados de dos firmas invitadas
DONATO NDONGO / REMEI SIPI



CASA ÁFRICA - 2017

Publicación

Edición: Casa África.

Coordinación: Estefanía Calcines Pérez.

Traducción

Del francés: Antonio Lozano.

Del portugués: Felisa R. Prado.

Diseño y maquetación: Pedro Quílez Simón.

Imagen de cubierta: autor: arlatis (Depositphotos), *free use*.

© De la edición, Casa África.

© De los textos, sus autores.



África y España, cada vez más cerca

Calle Alfonso XIII, 5, 35003 Las Palmas de Gran Canaria

+34 928 432 800 / www.casafrica.es/ info@casafrica.es



Con el apoyo de:



Casa África

Director General

- Don José Segura Clavell.

Secretario General

- Don Francisco Javier Hurtado Rodríguez.

Gerente

- Doña Ana María Hernández Díaz.

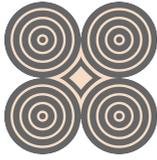
Jefa del Área de Mediateca y Web

- Doña Estefanía Calcines Pérez.

Casa África es el consorcio de diplomacia pública al servicio de la acción exterior del Estado en el continente africano. Forma parte de la Red de Casas de la diplomacia pública española junto con Casa de América, Casa Árabe, Casa Asia, Casa Mediterráneo y Centro Sefarad-Israel. Con sede en Las Palmas de Gran Canaria y creada en 2006, Casa África organiza actividades de carácter cultural, social, educativo, económico y político, siempre con la intención de fomentar las relaciones a todos los niveles entre España y África. Los entes participantes de este consorcio público son el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, el Gobierno de Canarias y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

IN MEMORIAM

*a José Carlos Sendín,
quien nos enseñó a imaginar África*



Índice

11	Prólogo
13	Introducción
15	Selección de microrrelatos y firmas invitadas
17	Suena Tajabone (Primer premio)
19	Papeles (Segundo premio)
21	El pasadero (Tercer premio)
22	DONATO NDONGO
24	Mikue
25	Nochevieja
26	Tambavilii
27	Retba
28	Inmenso Placer
29	Las noches de Asani
30	Los pies sobre la tierra
31	Los salvajes
32	Reducción al absurdo
33	Magara
34	Transformación
35	Dicen que Macondo está en África
36	Cómo saborear un elefante crudo
37	La factoría: un ejemplo romántico de la Teoría de la Plusvalía de Marx
38	Viajes (<i>Viagens</i> , português)
40	Huellas
41	Unive(r)so (<i>Unive(r)so</i> , português)
43	Olu
44	El recipiente de agua
45	Vértigo (<i>Vértiges</i> , français)
47	Ornamental

48	El viaje
49	Ser esclavo
50	Anatomía
51	El rif
52	Muduga
53	Justicia
54	Necesitábamos estar juntos
55	REMEI SIPI
57	Sita Wewe
62	Contracorriente
63	Una noche en la tierra
64	La agonía del desierto (<i>Les affres du desert, français</i>)
66	Derrota (<i>Déconfiture, français</i>)
68	Ella
69	La casa
70	La vida y otras banalidades
71	Isla Djerba
72	La llamada
73	Diosas Atlánticas
74	Hermanas
75	Amor en la sabana
76	La bamba negra
77	Un día diferente
78	La fábrica
79	La errante
80	La representación
81	El ladrón
82	El camino más largo
83	Emancipación

Prólogo

Nendo Dango

Ganador del Primer Premio de Purorelato en 2016

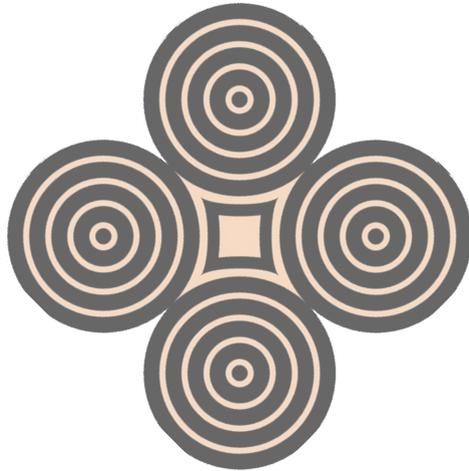
Al apagar la sonda perforadora un silencio brutal se derrama entre árboles de karité y campos de anacardos en esa luz reconciliadora del atardecer. Quizá mañana demos con agua y terminemos este pozo que tanto ahonda en la tierra.

Entre saltos deshacemos el camino y, polvorientos, llegamos a casa de Cocou. Uno y otro hemos ido dejando allí, en un estante hecho de cañas atadas con juncos, las lecturas que nos acompañaron en estas tierras de África.

Mientras terminan de preparar arroz con granos del árbol de néré hojeo los libros amontonados: Lorca hace vida con Achebe, Chimamanda subrayado y con un manojito de marcapáginas con anotaciones, Mia Couto se las entiende con Agualusa, Hampâte apoyado sobre Antonio Lozano, y uno amarillento de Albert Camus se deshoja en la esquina donde un Stanley trasnochado es tolerado por sus vecinos. Emanan como un manantial que alivia el calor.

Estos microrelatos seleccionados por Casa África que aquí aparecen son pequeñas gotas con vida propia. Elixires de un continente que cuenta con la fuerza de lo que está por llegar. Alientos que, al sumarse, forman un arroyo literario donde refrescar el alma.

Mañana daremos con el agua.



Introducción

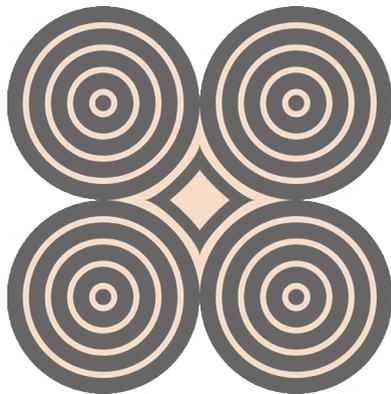
José Segura Clavell

Director General de Casa África

Los microtextos de Purorelato, nuestro concurso que reconoce la producción literaria en formato mínimo e inspirada en África, vuelven a editarse en formato electrónico tras una larga pausa. Recordarán que preparamos con mucho mimo las ediciones anteriores con los ganadores y mejores textos de los años 2013, 2014, 2015 y 2016. Es una costumbre que queremos retomar, poco a poco, para poner en valor unos textos y una iniciativa que nos son muy queridos y que forman parte de la historia de nuestra institución y la producción de conocimiento y cultura ligados al continente africano y nuestro devenir.

Han pasado varios años desde la convocatoria de 2017 y también una pandemia, pero eso no se intuye en estos textos, que parecen congelados en otros momentos, quizás en otra dimensión. El volumen presente es una especie de oasis de palabras e imágenes que esperamos que disfrute, surgidos de la evocación de una simple (y a la vez complejísima) palabra: África. Se enriquece, además, con la creación de tres autores africanos que abordan su labor en español: Remei Sipi, Inongo Vi Makomé y Donato Ndongó, a quien propusimos, este año, para el reconocimiento del premio Princesa de Asturias de las letras.

Pronto podrá ver la continuidad del proyecto con la edición de los ganadores y mejores textos de los años 2018 y 2019. Poco a poco, continuaremos esta labor quizás no tan visible, delicada, pero también parte fundamental (y gozosa) de nuestro proyecto como institución. Muchas gracias por acompañarnos en esta lectura.



Selección de microrrelatos y firmas invitadas



**Primer Premio
V Purorelato**



ISIDRO CATELA

Suena Tajabone

Isidro Catela Marcos

Con la misma esperanza con la que atraviesan la sabana los elefantes provectos, así la vieja Mariama cruza el jardín de su casa newyorkina. Ha apagado la luz, ha cerrado todas las ventanas menos una, ha invitado por última vez a cenar a sus vecinos y les ha contado un postre-ro relato tribal: la historia de un baobab que guarda en su interior los cuentos que siempre se contaron y nunca se escribieron. Ahora, todavía con el sabor en la boca del pollo en salsa de cacahuete, Mariama desciende por el agujero que ella misma ha ido cavando durante años en el jardín. Poco a poco, perseverante, en los ratos libres que le dejaban las cocinas del Pikine, un concurrido restaurante senegalés donde trabajó, en el Harlem, durante décadas. Baja despacio. Siente la humedad de la tierra y, en las primeras galerías, enseguida encuentra a gente que le dice unas palabras en wolof y le indica el camino de regreso. Cuando al amanecer el sol estalle, Mariama llegará al subsuelo de su poblado natal y encontrará acomodo en alguna tumba discreta, lo más cerca posible de donde, cada noche festiva, sus paisanos entonen melodías eternas. Por eso, para aquellos que no sepan prever el final, o que, quizá por motivos económicos, no puedan pagarse el viaje de vuelta, Mariama ha dejado una ventana abierta y una canción en bucle sonando, que va desde su habitación hasta el subsuelo de su jardín americano.

Segundo Premio
V Purorelato



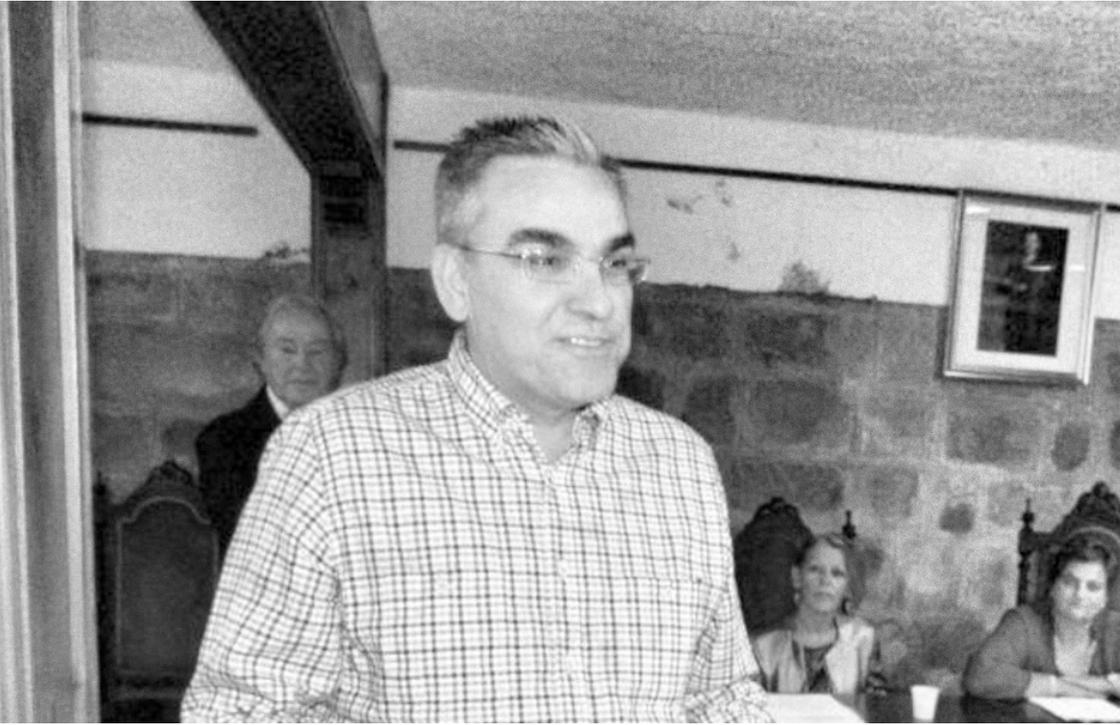
MAR HORNO GARCÍA

Papeles

Mar Horno García

Modou ha conseguido trabajo en una fábrica de reciclaje de papel. Cuando su compañero sale a fumarse un cigarrillo, le gusta coger de la cinta transportadora una hoja al azar y leer lo que pone. Así, practica. Casi siempre son frases como «en respuesta al documento 354/3, le comunicamos que» o «Ley orgánica 7/2017 de Refrendamiento del Transporte por Ferrocarril por la que». Pero a veces tiene la suerte de toparse con algo distinto, como por ejemplo, una página rasgada de un libro de poemas. Hace una semana encontró una cuartilla escrita con una bonita letra. Decía: «En la oscuridad de tu piel quiero dormir sin esperar un mañana». Levantó la vista y miró a su alrededor. Solo una joven trabajadora se afanaba al principio de la cinta. Al día siguiente, en un pliego azulado: «El latido de mi sangre repite a todas horas el ritmo de tu nombre». Al siguiente, en un folio A3: «Que se borren los colores del mundo si tengo tu sonrisa». Así, toda la semana. Hoy, cuando el del cigarro sale, Modou se acerca tímido a la joven y le tiende el único papel que posee. Ella mira el permiso de residencia, y, a cambio, le entrega un corazón sin papeles.

**Tercer Premio
V Purorelato**



PLÁCIDO ROMERO SANJUÁN

El pasadero

Plácido Romero Sanjuán

Nadie sabe quién empezó. Algunos dicen que fue la señora Niang la que comenzó a tirar tierra y rocas en la playa desde la que, años atrás, había partido su hijo. Nada sabía de él desde que se embarcó en aquella frágil patera. Sin embargo, otros aseguran que fue Fatu Diouf el que inició el pasadero. Fatu amaneció un día en la playa de Mboro y, por alguna razón, comenzó a arrojar tierras y rocas al mar. El caso es que pronto muchos mboreses, cuando nada mejor tenían que hacer, iban a la playa a construir el pasadero. Primero, utilizaron las manos; luego trajeron cubetas; más tarde llevaron carretillas y algún carro. Al cabo de un año, habían conseguido que el pasadero se adentrara una decena de metros en el mar. Fue entonces cuando alguien se dirigió a la capital para denunciar a los sediciosos que estaban construyéndolo. –Esto parece una historia de Abdoulaye Balde –dijo el funcionario que recabó la denuncia. Le pareció tan extraña que acabó archivándola. Los ciudadanos de Mboro siguen arrojando tierra y rocas al mar. Por las noches, los más convencidos dicen que ya se puede ver Europa.



Firma invitada Donato Ndongo-Bidyogo

Donato Ndongo-Bidyogo nació en Niefang, Guinea Ecuatorial, en 1950. Su extensa labor de difusión del africanismo en España es unánimemente reconocida.

Creador polifacético, periodista de formación y de profesión, Donato Ndongo ha trabajado distintos géneros literarios (narración corta, poesía, ensayo y novela). Es un autor muy prolífico, lo que se refleja en sus numerosos títulos publicados. Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial (1977), título revisado, actualizado y reeditado en la Colección de Historia y Política de Casa África (2020). Coautor de España en Guinea (1998) y de El África que viene (1999), y novelas como Las tinieblas de tu memoria negra (1987, traducida al inglés y francés), Los poderes de la tempestad (1997) y El metro (2007, traducida al italiano). Su Antología de la literatura guineana (1984), primera en su género, es considerada como la obra fundacional de la literatura guineana escrita en español. En 1974 publicó el libro

de poemas Cántico. Olvidos es el título de su poemario publicado en 2017 y en ese mismo año publicó también El sueño y otros relatos. Diversos relatos suyos han sido traducidos al alemán, portugués, polaco, sueco y eslovaco, entre otras lenguas.

Volvió a Guinea en 1985, y fue nombrado director adjunto del Centro Cultural Hispano-Guineano de Malabo, cargo que desempeñó hasta su dimisión en abril de 1992. Fue corresponsal y delegado de la Agencia de Prensa Española EFE (1992-1995) para toda África Central. En la actualidad, Donato Ndong vive exiliado en España donde es comentarista de política africana en la revista Mundo Negro y sus artículos son publicados en diversos medios como el diario ABC, las revistas Política Exterior y Consejeros y blogs como el Blog EsÁfrica.es que edita Casa África.

Mikue

Donato Ndongo-Bidyogo

NaMikue

Para Clarisse, quien, sin estar en el origen,
supo adivinar el final de estas historias.

«¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la
de los locos que ganan de comer con los que lo son».

F. de Quevedo: Historia de la vida del Buscón

Acurrucada junto al fogón, llorosos los ojos, escrutaba la noche. Igualita a cuantas arribaron en medio siglo, lejos la infancia soñadora. Cumplía cincuenta años hueros. Asomada al cacho de espejo incrustado en la pared de adobe a la cabecera del camastro de bambú, apenas reconocía la carátula angulosa, calavera moldeada por la piel nigérrima, rugosa. Brumas del ayer evocaban su diáfana sonrisa, en aquel tiempo ido en que la vida en proyecto discurría apacible. Sus manos antaño suaves raspaban hoy la piel. El cuerpo ajado, sin nadie que acogiera el amor rebosante en cada poro. Marchita la ilusión de estudiar para librarse del sino: cual animalillo del bosque, se deslomó sobre la tierra arrancando el sustento. Destinada a unirse al hombre en plena pubertad, el casamiento jamás aportó mayor placer que los dolores del parto. Siete: dos malogrados al primer llanto, sus niñas encadenadas en nupcias onerosas, perdida la senda del varón, lejos, en pos de sosiego y prosperidad. No la acompañaba el hombre en la vejez, reo irredento de engañosas esperanzas pretéritas proclamando promesas quiméricas. Penurias y soledad la mutaron en solaz de rudos aldeanos que ahogaban sus vacías existencias en verborrea, sexo y alcohol. Tristeza y frustración desde la infausta víspera del undécimo cumpleaños, el padre anhelado acariciando su mejilla mientras decía: «Mañana te hartarás, pues cazaré al elefante». Nunca la selva devolvió su cadáver.

Nochevieja

Raúl Clavero Blázquez

Aquella mañana, después de un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se levantó transformado en un monstruoso insecto. Su espalda estaba cubierta por un duro caparazón, y su vientre, convexo y oscuro, se veía surcado por decenas de curvadas callosidades. Lo que más lo alarmó, no obstante, fue despertar allí, en los jardines del Palacio de Montazah, tan lejos de su dormitorio. Al mismo tiempo, un hidalgo de los de lanza en astillero, escudo antiguo, rocín flaco y galgo corredor, embestía sin suerte contra la columna de Pompeyo. Apenas dos horas más tarde, sin tiempo que perder, Marcel Proust había agotado ya todas las existencias de té y magdalenas en el Hotel Cecil, y cerca del mediodía, en busca de Pedro Páramo, llegaba Juan Preciado a la Fortaleza de Qaitbay. Una semana después, mientras reordenaba todos los libros, el director de la Biblioteca Alejandrina decidió que aquella había sido, de verdad, de verdad, de verdad, su última borrachera de fin de año.

Tambavili

Sonia Fernández

En la aldea africana de Tambavili, las mujeres anuncian sus casamientos colgando sobre su cabaña la insignia de su futuro esposo. Los hombres son elefantes y bordan sus nombres en una pata del paquidermo; las mujeres, mariposas que se adhieren al lomo del animal para indicar su eterna compañía. Cuando un hombre quiere pedir la mano de una tambavileña, acude a su casa e introduce en la oscuridad de la madrugada la figura del elefante, hecha con retales, por la oquedad que forman la puerta de madera y el suelo. Si ella acepta, al día siguiente ondearán sobre las ramas de su tejado las dos piezas unidas, cosidas como una sola. Si le rechaza, gritará. Hasta hoy, ningún grito había sido tan espantoso en Tambavili como el que primero provino del jefe de la tribu y, luego, del resto de los aldeanos, cuando se han despertado y han visto, sobre la choza de la joven Raguía, las dos mariposas atadas juntas, alzando el vuelo con orgullo. Los guerreros han salido a buscarlas, armados con lanzas y palos, pero no las cogerán. Aparte de ser más ligeras, también tienen la fuerza de cualquier elefante para correr tan rápido como ellos.

Retba

Raquel Lozano Calleja

Para que la salinidad corrosiva del lago rosado no dañe la piel de Modou, antes del amanecer, Aminata extiende con cuidado una buena cantidad de manteca de Karité sobre él. Se deleita en cada recodo sin prisa. Acaricia las curvas de su musculatura con complacencia, como si este ritual que realiza cada mañana desde hace cinco años, fuese la primera vez. Tampoco es nuevo el respingo de él, cuando ella, pícara y juguetona, acaricia traviesa la zona cercana a su cintura. Sabes que tengo cosquillas, le dice mientras se da la vuelta con cesada sonrisa y le espeta un beso en la boca. Ten cuidado con el monstruo, le susurra ella al despedirse y él, que hace tiempo que dejó de creer en leyendas, le hace un gesto de fiereza que desata la risa de ambos. Tras siete horas en el lago, los cayucos vuelven a la orilla cargados de sal. Regresan todos a excepción del de Modou. El color de las aguas se enrojece como los ojos de Aminata, también su ira, cuando Ousmane se acerca a ella y trata de calmar su tristeza con palabras dulces y elegantes, del mismo modo que el leopardo se mueve tras haber devorado a la gacela.

Inmenso placer

José Agustín Navarro Martínez

Verle postrado en el lecho. Comprobar que se ha orinado. Encender su radio. Llamar por teléfono al programa de RadioPlus Casablanca. Escuchar: «Deje su mensaje después de la señal». Decir: su nombre; sus apellidos; la dirección de nuestra casa. Y comenzar a enunciar mi recado radiofónico: «Quería agradecerte que, siendo solo una niña, te metieras en mi cama. Que malgastaras los subsidios en las cantinas más ignominiosas de Tánger. Que permitieras que en el colegio se burlaran por mi extrema delgadez y mis harapos. Que me pegaras cuando pedía ayuda a algún vecino. Que durante mis cumpleaños te acostaras con fulanas. Que ahora, ya mayor, no pueda vivir sin tomar la medicación. Espero que te guste la sorpresa. Maldito hijo de puta».

Las noches de Hasani

Sonia Fernández

Cada noche, Hasani esperaba el vaivén de las olas. Con los ojos que peleaban bravíos contra el sueño, el niño escuchaba fascinado la voz cascada del abuelo que le narraba historias de su vida de pescador, de borrascas, de tiburones girando alrededor del bote —dispuestos a rapiñar jureles y caballas enganchados en los espineles—, de vientos furiosos que arrastraban la barca lejos de la costa, del sacrificio de tirar al mar los frutos obtenidos y así salvar la vida cuando el tiempo borrascoso amenazaba con hacer zozobrar la frágil embarcación. Hasani soñaba con timonear un bote, una balsa, un pequeño pesquero, soñaba con mares pródigos en peces, soñaba con anzuelos, espineles, trasmallos y redes. Soñaba con todo ello, aunque no conocía el mar. Ni siquiera un río, un lago, un arroyo. Apenas, lo que era una breve llovizna y la aguada salobre a una legua de la choza donde vivía. Las únicas tormentas que había visto eran de tierra y arena, turbonadas que castigaban los ojos. En ese mar de tierra reseca, dibujaba con un palito, barcas repletas de peces, mientras vigilaba el rebaño de cabras: porque Hasani era pastor en Bari, Somalia, al sur de Balli Dhiddin. Cada día era igual al anterior, el traslado de la manada de un lugar a otro. Sólo las noches eran diferentes. Porque cada noche el abuelo lo sorprendía con una aventura marinera que transformaba el deseo en obsesión.

Los pies sobre la tierra

Gustavo Eduardo Green Sinigaglia

El hombre, encorvado por el peso de su carga, camina descalzo sobre un sendero de pedregullo de Songo. Sus pies, aunque callosos por el duro trabajo de años, sangran. El pesado baúl de hierro —que dobla su espalda— contiene cientos de pares de zapatos. Y él lo sabe.

Los salvajes

Plácido Romero SanJuán

Los salvajes quemaron su aldea, mataron a sus padres y a sus hermanos y la raptaron, llevándola a una tierra lejana. Allí hacía tanto frío que, para abrigarse, tuvo que ponerse las ridículas ropas que le dieron. Aquellos vestidos olían mal, tan mal como los salvajes. Le dieron un nombre extraño, Saartjie Baartman, y le hicieron olvidar el suyo propio. De vez en cuando, los salvajes la desnudaban y la exhibían delante de otros salvajes; ella temblaba de frío, sí, pero sobre todo de miedo. En ocasiones los salvajes la golpeaban sin ningún motivo, la azotaban, la escupían, la humillaban. También la violaban. Con el tiempo, aprendió el idioma de los salvajes. Asombrada, descubrió que la consideraban una salvaje.

Reducción al absurdo

Antonio Toribios García

Yo entonces dormía cada noche en una cama y mi inclinación al compromiso era más bien tendente al menos uno. Pero África dejó en mí una huella tan profunda como la conjetura de Poincaré. «África», contestaste cuando nos presentaron en aquel congreso matemático, y yo puse cara de no entender. «Sí, como el continente», me aclaraste con la paciencia que se tiene con los lerdos. Pero mi mente vagaba más allá de esos enormes ojos que te invitaban a explorar en lo profundo, como las simas con tesoro escondido o las selvas inextricables y prohibidas. Eso eras tú, una invitación permanente al peligro y una puerta hacia mundos en que no existe la desdicha. Un paraíso frente a cuyas murallas muchos ejércitos habían ya perecido. «Nuestra Señora de Africa», añadiste ese día, entre displicente y pedagógica. Y yo, «sí, claro...», mientras me peleaba con las lianas y las plantas carnívoras, y me hundía más y más en el piélagos en que perecen los ambiciosos que no sueltan el botín a tiempo. Nos vimos una semana, de modo muy intenso, o mejor diré que más que vernos nos sentimos en una epidermis infinita y nocturna. Yo apenas daba mis clases y volvía, y tú esperabas siempre. Hasta el último día. Ese en que me dijiste simplemente: «Adiós, búscame en la espesura». Y aquí estoy, tantos años después, examinando cada poro y cada coeficiente. Y me quedan aún tantos rincones, y tan poco tiempo...

Magara

Andrea Carrera

«Katja Malina era la hija única de un ilustre herrero conocido en la aldea como Oggun: dios del hierro. Sus sagradas manos forjaban los aperos más venerados de las tierras Konkoma. En aquella meseta del noroeste de Ghana salpicada por tierra azafranada, entre gallinas y cabras maltrechas, habitaba un humilde pueblo ashanti. La joven, de andar ingrávido y sueños alados, era contemplada como un ser ignoto debido a sus latentes efluvios de magia. Bajo una colorida tinaja de barro paseaba su firme carne de mandioca entre los cultivos de sorgo y mijo; y el tindana del clan utilizaba sus cabellos para interpretar las constelaciones y la lluvia venidera. Sus congénitos pómulos de terracota convertían cada lágrima en granos de Selim, empleados después por las mujeres del pueblo para cocinar sabroso kelewele. Cuando su idolatrada madre aún vivía, se escurrían entre las casas de adobe y paja para embarcarse en su anual peregrinaje al sur del país. El sopor de los días las escupía en el Mercado de Kejetia, en Kumasi, donde conseguían flores de hibisco para preparar bissap y plantas medicinales para sanar el alma. La última vez que la vieron, llevaba el cadáver de una serpiente engarzado en el pecho y un ave viva posada en la coronilla».

La anciana cerró el libro ante la inescrutable mirada de sus pupilos. Tras ellos, un efímero grano de Selim rodó por los surcos de aquel rostro eterno.

Transformación

Moisés Barba Magdalena

Ahora que ella dormía, el cazador se repasaba las últimas heridas que le había dado África: cuatro surcos que le encendían la espalda. Le ardía el zarpazo al recordar lo cerca que había estado de cobrarse la piel de la leona más escurridiza del país, y lo rápido que tuvo que huir para salvar la suya propia. Y aunque había vuelto vivo, no traía ni presa ni dinero, y no veía cómo pagar a la mujer que, aún envuelta en el velo de su cabello, empezaba a emerger del sueño. La echaría sin más. ¡Diantre! No debió comprar los servicios de aquel brujo (ya se desperezaba ella, se levantaba, se iba al servicio). Adoptar forma de león para atraer a la esquiva bestia y revertir la transformación en el momento preciso para alzar el arma y disparar, le había parecido buena idea hasta el instante en que, ya frente al monstruo (desde el servicio le llegaba un gruñido grave y entrecortado), se deshizo de pronto el hechizo, y el hombre se encontró desnudo frente a los ojos amarillos de la muerte. Levantarse, disparar a ciegas (creyó arrancarle la oreja), huir hacia el horizonte con las alas del pánico. La oreja... Con un escalofrío, el cazador cayó en la cuenta de que la mujer no se había dejado ver las orejas ni por un momento. Y, con otro escalofrío, el último jamás, encaró el servicio, justo para ver cómo de él salía, con su oreja y media y sus ojos amarillos, la leona con la que había dormido

Dicen que Macondo está en África

Juan David Otálora Sechague

Algunos escritores puritanos consideran un sacrilegio escribir sobre lo escrito. Por eso rechazan con vehemencia, los ensayos infructuosos —según ellos— de continuar, modificar o reinterpretar una obra maestra. Y aunque yo era uno de esos autores, hoy debo reconocer con patetismo que la historia de Mariano Esquivel Aponte me dejó sin mucho qué decir. Con la elocuencia de un animal desbocado me ha demostrado con toda la evidencia empírica del caso, que Macondo con sus casas de barro y cañabrava, con sus ríos diáfanos y sus torbellinos bíblicos es un pueblo ubicado en el corazón del África ardiente. No se ha podido establecer en qué Estado exactamente se encuentra, pues el pueblo es antiguo a la llegada del hombre blanco con sus instituciones y su manera de pensar. Y aunque algunos han querido relacionar a Macondo con los laberintos de casas viejas de La Habana, me asegura Mariano Esquivel que puede estar en cualquier parte de este universo potente. Muchos lo aseguran (Mariano entre ellos) que han escuchado a un africano de rostro severo y alma tranquila, idéntico a Mauricio Babilonia, pero sin el enjambre de mariposas a su espalda, tararear canciones religiosas que tranquilizan a un pueblo que nunca más volvió a dormir como lo profetizara Melquiades en una de sus alucinaciones. O tal vez no, tal vez no.

Cómo saborear un elefante crudo

Moisés Barba Magdalena

Comience por el rabo, recórralo a gusto, pero sin detenerse: el tiempo apremia, y las partes más succulentas se encuentran delante. Precisamente, el elefante es buen plato para saborear aprisa, ya que justo después del rabo llegan los cuartos traseros más tiernos del reino animal. Hínqueles bien el diente. ¿Siente ese sabor a nervio y músculo? Son las deliciosas reservas de grasa que el elefante guarda para los días fríos. No se entretenga, continúe: más allá está el lomo, que ha de degustarse alternando rápidos mordiscos a izquierda y a derecha de la columna vertebral. En este punto, si se encuentra satisfecho, le recomendamos que dé el festín por acabado; si desea rematarlo con un final exquisito, avance hasta la nuca para degustar la oreja. Pero hágalo a toda velocidad: es de esperar que, a estas alturas, haya agotado la paciencia del buen animal, y que éste decida no servir más de entretenimiento a un imbécil como usted. Salte al primer indicio de ira y corra, corra tan rápido como pueda, sintiendo sobre la nuca la respiración furiosa de toda la belleza ultrajada de África, corra todavía, sin detenerse para mirar cómo el monstruo le persigue, y ¿sabe qué? ojalá una raíz emboscada le corte la carrera y en la caída una roca le desbarate la cara, antes de que una trompa lo levante y lo arroje contra el cielo dando vueltas y, al caer, un elefante africano se lo trague crudo.

La factoría: un ejemplo romántico de la Teoría de la Plusvalía de Marx

José Agustín Navarro Martínez

Shaira disuelve en su boca arruinada un atardecer septembrino en brazos de Barack. Lo hace tomándose el tiempo necesario para sublimar un beso tibio, balsámico, algodónoso, con destellos de fuegos artificiales bajo el vestido rojo de volantes que le cosió su madre y aroma a camisa de novio lavada a mano en la pila de un patio interior, al barniz de las sillas de madera en aquel cine de verano, a sudor lascivo, mantecoso, a hinojo masticado a la luz del sol enhebrada por las ramas de un pino en la zona del lago. Cuando Shaira entiende que ya ha maximizado la calidad de la maceración, posa sus labios eritreos en el extremo de una bolsa gofrada y expele con suavidad el beso en su interior. Después introduce el saquito en el canal de sellado de los envases al vacío y enseguida se lo entrega a una compañera que envuelve el beso con un papel dorado y un doble lazo. El beso de Shaira surca media fábrica a bordo de una faja transportadora hasta que otra operaria la selecciona para una caja de promoción que viaja rumbo a una máquina dispensadora en la plaza Carlos Marx. Allí llegará un consumidor en cuyo rostro el paso del tiempo y las desolaciones disiparon el más mínimo indicio de belleza. Insertará unas monedas en la ranura. Pulsará E3 en el panel de selección. Después, un monstruoso muelle empujará el beso de Shaira tobogán abajo, directo a la bandeja de recogida.

Viajes

Viagens

Susana de Oliveira Araujo

Se sentó a mi lado, el avión se fue elevando como su historia. 43 años después de la descolonización, regresaba a Luanda. No quería morir por causa de las memorias ni de la saudade (nostalgia). El fado (¿música? o ¿destino?) le dio un abrazo retornado, irónica libertad. África le dio la vida, él quería el perdón. Pidió un café con leche y se durmió. Cuando aterrizamos, su cuerpo permanecía inmóvil, pero su alma ya había partido.

Sentou-se ao meu lado, o avião descolou como a sua história. 43 anos após a descolonização, voltava a Luanda. Não queria morrer das memórias nem da saudade. O fado deu-lhe um abraço retornado, irónica liberdade. África deu-lhe a vida, ele queria pedir perdão. Pediu um café com leite e adormeceu. Quando aterrámos, o seu corpo permanecia imóvel, mas a sua alma já tinha despegado.

Huellas

Jorge Halaby Ascaso

Mientras el mar acaricia, una y otra vez, la arena húmeda de Grande Côte, Adama juega pisando sobre el reguero de huellas que alguien ha dejado. Ha comprobado varias veces que las plantas de sus pies caben con holgura en el interior. Al mirar hacia adelante, vencida por la curiosidad de saber dónde termina, se pregunta quién y cuándo pasó antes por allí. Quizás alguno de los que se fueron en cayucos y nunca más volvieron. De pronto, salta fuera del rastro para dejar el suyo propio y así comparar su huella con la existente a su lado. Casi iguales en forma pero no en tamaño. Luego, continúa caminando en paralelo. Cuando Adama mire hacia atrás, sonreirá al comprobar el sinuoso trazado de su recorrido. El rítmico sonido de la espuma sobre la arena, cada vez más cercano, le recordará que pronto el mar borrará todas las huellas sobre la arena, las de antes y las de ahora, y entonces el juego habrá terminado. Quizás Adama aún no sepa que, a muchos kilómetros de distancia, en Laetoli o en el lago Langebaan, las huellas de otros que se fueron hace ya cientos de miles de años, protegidas por un mar de cenizas, esperaban pacientemente su reencuentro

Unive(r)so

Gabriel Dayer Lopes de Barros Moreira

Golpes de maja (/mortero) son cantos de re-existencia, como los caminos de las aguas bañados por los Orishás. Lo dijo el viento, casi sin palabras, susurrando al oído. Sentados al lado de las estrellas, la niña y el anciano unían versos. Las palabras articulaban mundos africanos, diásporas y continentes. El anciano traducía con gran sabiduría aquel soplo del viento. Atenta, la pequeña Ayomide lo escuchaba todo: lenguas e historias, ríos y mares, mitos y diosas. Pero la noche es peregrina y la luna creciente optó por dar descanso a aquellos ojos chicos. Mientras tanto y sin cesar, el sueño continuó Yoruba: pueblo reunido, bailes y alegrías sin fin. Empezaba a amanecer y Ayomide se despertó rápidamente. Casi sin luz, dio un salto, amontonó en sus pequeñas manos todos los granos del mundo y corrió como el destino. Ante un antiguo mortero, no midió esfuerzos. Su deseo era tal que los movimientos de sus brazos hacían el eco de mil tambores, ampliaban voces e interrogaban sentidos. Fue así como la niña descubrió que el sonido y el sabor se mezclan. Y que ambos alimentan la raíz de su libertad africana.

Batidas de pilão são cantos de re-existência, como são os caminhos das águas banhados pelos orixás. Foi o vento quem disse, quase sem palavras, ao pé do ouvido. Sentados à beira das estrelas, a menina e o velho uniam versos. Palavras articulavam mundos africanos, diásporas e continentes. O velho traduzia com grande sabedoria aquele sopro de vento. Atenta, a pequena Ayomide tudo escutava: dialetos e estórias, rios e mares, mitos e deusas. Mas a noite é peregrina e aqueles olhos de menina a lua crescente optou por descansar. Sem cessar, o sonho entretanto prosseguiu Yorùbá: povo reunido, rodas, danças e alegrias sem fim. Começava o amanhecer e Ayomide logo despertou. Saltou quase sem se ver, amontoou em suas mãos pequeninas todos os grãos do mundo e correu como o destino. Diante de um antigo pilão não mediu esforços. Seu desejo era tamanho o movimentos de seus braços ecoavam mil tambores, ampliavam vozes e interrogavam sentidos. Foi assim que a menina descobriu que o som e o sabor se misturam. E que ambos alimentam a raiz de sua africana liberdade.

Olu

Stephany Méndez

Conocí a Carmen de pequeña. Estudiamos juntas hasta que nos graduamos, ambas con dieciséis años. Entonces ella seguía diciendo la misma estupidez que decía cuando apenas comenzábamos a hablar. «Cuando grande quiero ser africana». Era igual todos los años. Ningún profesor pudo hacerle entender que uno no escoge su raza así como así. Que era latina y que antes debería dar gracias por ser bien blanca y mona. Nunca fuimos amigas, por eso no volví a saber de ella. Hasta anoche. La encontré subida en la tarima de un bar. Agarraba el micrófono con las dos manos y sudaba a chorros. Estaba ahí. Con su pellejo transparente y el pelo dorado, cerraba los ojos cuando cantaba. Tenía una voz ancha y violenta, una voz que se colaba por los poros de quienes la escuchábamos. Una voz africana. Nadie va a creerme cuando cuente que volví a ver a Carmen y que, efectivamente, cumplió su sueño de pequeña.

El recipiente de agua

Rocío del Campo Pedrosa

Mis ojos anonadados ante un objeto que trae unos turistas de piel blanca. Los adultos hablaban de piezas que brillan y prendas de naturaleza distinta a las nuestras. Yo, quizás, por ser joven, me impactó algo distinto. Un recipiente, de un material transparente, que más tarde descubrí que lo llaman plástico. Envuelto de una etiqueta azul con letras rojas, que algo significarían en su lengua. Pero aún no he contado lo más relevante, lo usaban para llevar agua, agua cristalina, agua que bebían y no enfermaban. Mi asombro sucumbió cuando vi que no era único, sino que llevaban más, y mi sonrojo llegó cuando al acabarse su contenido tiraron el recipiente al suelo, como si fuese un desperdicio.

Vértigo

Vértiges

Kouao Medard Bouazi

El verano en Marbella sabía a felicidad, con sus barcos y sus casas blancas con techos de color dorado. Esa noche, entre bastidores, en un festival, intenté no abrazarla. Se llamaba Marta. Unos voluminosos melones se erguían sobre su vientre; a veces me rozaban sin previo aviso y lanzaban mis tímidos ojos hacia el cielo. Ella seguía controlando mis movimientos, en ocasiones parecía que trotaba, con la mirada fija al frente y la barbilla erguida. Su larga melena castaña se agitaba con el viento. Mi mano sostenía febrilmente su cintura. Su silueta en forma de guitarra, que se contoneaba entre dos pasos de Mambo, avanzaba hacia mí en un arrebato de elegancia, para luego adormecer mi serenidad. Mis dedos se perdieron en la falda en forma de espiral, que se hinchaba de aire mientras daba vueltas con gracia.

La cadencia trepidante de Marta me recordó a las crisis que sufrí en mi vida de emigrante, procedente de la punta de Tánger, sometida a la tiranía del calor y a la efervescencia de las ilusiones. Allí, más al sur, me abandoné a mis sueños oscuros, huyendo de mi Casamanza, que seguía encaramada en un nido de incertidumbres. Y, cuando Marta, radiante, ardiente, agitaba su cuerpo hirviente, el ambiente contrastaba con mis horas de miedo y frío, con las tardes en las costas cherifianas. Más tarde, había surcado el mar, enclaustrado en un barco incierto.

Marbella, l'été, avec ses bateaux et ses demeures blanches aux toits dorés, avait le goût du bonheur. Cette nuit là, dans les coulisses d'un festival, j'essayais de ne pas la serrer fort contre moi. Elle s'appelait Marta. Des melons de chair s'élevaient au dessus de son ventre; par moments, ils me frôlaient sans prévenir et poussaient mes yeux timides vers le ciel. Elle restait maitresse de mes mouvements, semblant parfois trotter, gardant les yeux fixes devant elle, le menton droit. Ses longs cheveux bruns fouettaient le vent. Ma main tenait fébrilement sa taille. Cette silhouette en forme de guitare qui se trémoussait entre deux pas de Mambo avançait sans cesse vers moi dans une poussée d'élégance, puis endormait ma sérénité. Mes doigts se perdaient sur la jupe en spirale qui s'emplissait d'air quand elle virevoltait avec grâce. La cadence endiablée de Marta me rappela les convulsions de ma vie de migrant, depuis la pointe de Tanger, soumise à la tyrannie de la chaleur et à l'effervescence des illusions. Là-bas, plus au sud, j'étais livré à mes rêves aveugles, fuyant ma Casamance qui restait perchée dans un nid d'incertitudes. Et quand la radieuse Marta, en feu, remuait son corps bouillant, l'ambiance contrastait avec mes heures d'effroi et de froid, les soirs sur les rives chérifiennes. Plus tard, j'avais chevauché la mer, cloîtré dans une barque incertaine.

Ornamental

Elisabetta Spanu

Mercado de Turmi, Etiopía. Una mujer Hamer, guapísima, llegó con un niño en brazos y otro sobre su espalda. Su cuerpo negro relucía de metal y perlas y su pelo parecía esculpido en una mezcla de grasa y ocre rojo. Por curiosidad cromática su mirada oscura se encontró enseguida con la mirada azul de Marina, con su pelo rubio despeinado, sin niños en la espalda. Podían tener la misma edad. Marina sonrió: el hilo de acero de su aparato de ortodoncia le brilló entre los dientes. La mujer Hamer abrió de par en par sus ojos asombrados y alargó un dedo para tocar el curioso ornamento ¿De qué tribu se trataba? ¿Qué diablos de decoración era aquella? Marina intentó desesperadamente explicar al guía del tour, quien a su vez intentó explicar desesperadamente al guía local, quien a su vez intentó desesperadamente explicar a la mujer Hamer... descodificación final: ¡Sirve para mantener los dientes alineados! En ese momento la mujer Hamer dibujó una sonrisa entre irónica y divertida y de su boca asomó una fila de dientes blancos perfectamente alineados. ¿Pero qué sentido tenía tener los dientes alineados cuando no había nada que comer?

El viaje

Alberto Palacios

Nadie entendió que cuando dejó su aldea e inició el viaje hacia el Norte, en su equipaje llevara un damero de cartón y las treinta y dos piezas del ajedrez. Cuando, en su primera parada, encontró un buen contrincante y abrió el tablero no encontró a la dama blanca. Pensó que podría imaginarla y jugar sin ella. Pronto olvidó que la había tenido y, según avanzaba por el continente, las partidas con rivales de toda África se hicieron mucho más interesantes. Satisfecho con la experiencia decidió retirar los alfiles, y en las siguientes partidas el esfuerzo les hacía imaginar jugadas maravillosas. Continuó su viaje cada vez más ligero y al poco tiempo se deshizo de los caballos, después hizo lo mismo con las dos torres y con los ocho peones.... La imaginación se desbordaba en cada partida recordando las piezas y su posición exacta en el tablero. Unos días más tarde jugaba solo con el rey, perdidos —el monarca y él— en medio del desierto de un damero desolado. El día que se deshizo del rey supo que aquello no tendría fin. En efecto, esa misma mañana empezó a retirar de su memoria los recuerdos de su infancia y se despidió de las personas que había encontrado por el camino. Y acabó inventándolo todo hasta que, una noche, muy cerca ya de su destino, regresó la dama blanca y se lo llevó a él también.

Ser esclavo

Rocío del Campo Pedrosa

Maniatado con una soga, tan fuertemente que por mis muñecas se corta la circulación sanguínea. Mis brazos atados en lo alto y mis piernas en contacto con el suelo. De la rodilla hasta los pies, es el punto de apoyo que mantiene erguido mi cuerpo. ¿Por qué me hallo en esta situación? Por intentar aventuradamente escapar, a pesar de que a mi llegada me avisaron: no hay esclavo libre, ni insensato que huya. Un hombre con un látigo se coloca tras mi espalda, me pide que grite perdón al amo o seré castigado. Mi silencio fue rotundo, y su sentencia el fin de mi mundo. Como un relámpago bajo la tormenta, rápido y con gran impacto, un dolor recorrió toda mi espalda, pude escuchar la piel desquebrajándose y la sangre brotando. Mi mente recordó algo bello, mi pasado en África, jugando a correr con mis hermanos. Veo sus sonrisas cuando vamos empatados. Mi mente inquieta pero mi silencio inmutable, me hace recibir más golpes, emerge más sangre y el dolor es inmensurable. Me concentro en mis hermanos para sobrevivir al dolor. Seguimos corriendo, pero mis piernas flaquean, ¿qué está pasando? Me adelantan, ahora solo veo sus espaldas. Mis ojos lo ven todo borroso, sus cuerpos se difuminan. Mi cuerpo se rinde, mis rodillas desfallecen, el látigo sigue sonando y mi cuerpo se ha desplomado. —¡Perdón mi amo!—grité angustiado. Los latigazos cesaron y ese día me convertí, para siempre, en esclavo.

Anatomía

Carlos Martín Cabrera

Estábamos habituados a ver cadáveres durante las prácticas de anatomía, pero cuando el profesor destapó aquel cuerpo, instintivamente todos nos hicimos hacia atrás espantados. Si la noticia salía de allí podía meter en un lío no solo a la facultad de medicina, sino a toda la universidad Eduardo Mondlane. El profesor había considerado imprescindible utilizar un cadáver blanco, probablemente de alguien no reclamado por su gobierno, y que además era el primer blanco, vivo o muerto, que veíamos en nuestras vidas. Teman a los blancos vivos, que los muertos no hacen nada, bromeó. Todos estallamos en carcajadas nerviosas que aliviaron la tensión. Con la mirada absorta en el cuerpo abierto como un libro, prestábamos más atención que nunca a cada músculo, nervio, vaso, todo; hasta que no quedó en el gélido cuerpo ningún rincón por explorar. Era igualito que un cuerpo negro y algunos parecieron quedar defraudados ante tal grado de semejanza. El profesor, que esperaba justo ese momento de desconcierto, sonrió satisfecho: no busquen las diferencias en lo físico, búsquenlas en lo intangible, en la forma de pensar, sentenció. Entonces tapó el cadáver con la sábana; la clase había concluido. Mientras abandonábamos el laboratorio podíamos sentir que algo había cambiado dentro de nosotros. Ya nunca volveríamos a ser los mismos.

El Rif

Joan Gomila Pere

Una vez, alguien me dijo que si usas las gafas de otra persona, puedes llegar a ver la muerte de aquella si te concentras lo suficiente. Lo comprobé el día que me puse las gafas de mi tatarabuelo, a quien nunca conocí pero sobre quien tantas historias escuché. Cuando vi la angustia que pasaban en el Rif, supe que todas eran ciertas.

Muduga

Ángela Huergo Luz

Subíamos las verdes colinas africanas en uno del noventa por ciento de los coches con volante a la derecha en un país donde se maneja por la derecha. Las ventanillas de atrás no funcionaban y mucho menos el aire acondicionado, respirar dependía del aire bochornoso que entraba por la ventana del conductor. Los asientos rancios, gastados y rígidos incrustaban sus muelles en nuestras nalgas en cada curva. El auto decorado con pegatinas de colores con el tan machacado «Dios es mi guía», no dejaba de ser absolutamente profético porque si Dios no hubiera puesto su mano divina en aquel viaje, no me imagino como hubiéramos podido llegar.

Justicia

Mayte González-Mozos

Nunca había necesitado nombre y apellidos. En su reseca aldea todos lo conocían como «El pequeño de Babú». Hasta que un mal día en la ciudad, cuando iba a cambiar su artesanía de madera por aquellas monedas necesarias para pagar al médico, sin saber por qué lo acusaron de ladrón. Fue llevado ante aquel descolorido que escribía en una máquina y que le decía que así no podía llamarse. — A partir de ahora te llamarás Julio, como el mes que estamos. Julio Tiznado, como tu cara— añadió el funcionario. Él estaba distraído aguzando el oído, para identificar el ruido que hacían las termitas al comerse el mobiliario de la sala. Tiempo después, tras un encierro, lo volvieron a la sala. Tres veces lo llamaron por su nuevo nombre; pero él no se dio por aludido. Volvió a concentrarse en el sonido procedente del gran sillón de madera que otro descolorido ocupaba, no contestó a nada. Cuando el juez dejó caer el mazo, justo antes de dictar la sentencia, la pata carcomida del sillón cedió, cayendo y rompiéndose la cadera el anciano y poderoso señor. De aquello murió. Entre el revuelo, Julio Tiznado inició el regreso a su agrietada tierra, sin dinero y descalzo; como salió. Nunca necesitó decir a nadie su nuevo nombre.

Necesitábamos estar juntos

Francisco José Sánchez La O

Necesitábamos estar juntos. Durante la travesía nunca hubo besos de buenas noches porque no había despedidas. Tan sólo una fría e interminable espera. Por la noche era cuando más necesitábamos estar juntos. Por eso nos abrazábamos. Daba igual de la forma que fuera y a quien fuera. En la oscuridad, menos nos distinguíamos. Todas y todos formábamos parte de lo mismo: una masa humana buscando calor; buscando apoyo donde descansar la cabeza y conciliar el sueño, el físico. El otro, el de las oportunidades, no dormía nunca. Era necesario mantenerlo en vigilia. El deseo de llegar, al igual que el calor, también nos ayudaba a sobrevivir. Al avanzar la noche, ya con los ojos cerrados, por el tiritar solidario sabíamos que aún nos manteníamos vivos en aquella barca sin nombre. Sin patrón, sin papeles y sin gasolina. Y como las demás, las que se pierden en la inmensidad del Atlántico, todas con un lugar común de procedencia: África.



Firma invitada Remei Sipi

Nacida en Rebola, se traslada a España en 1968 para realizar sus estudios superiores, afincándose en Barcelona desde hace años. Diplomada en Educación Infantil y experta en Género y Desarrollo (Universidad Autónoma de Barcelona), además de su dedicación a la literatura oral y al ensayo, destaca por su militancia en el movimiento asociativo de mujeres africanas e inmigrantes habiendo sido cofundadora de la asociación E'Waiso Ipola y Presidenta de la Federación de Asociaciones Guineanas de Cataluña, entre otras. Esta dedicación le ha valido ser premiada en varias ocasiones.

*Creadora de la editorial Mey, un referente para la literatura guineoecuatorial, ha publicado *Las mujeres africanas: Incansables creadoras de estrategias* (1997), *Inmigración y género. El caso de Guinea Ecuatorial* (2004), *Les dones**

migrades [Texto impreso]: apunts, històries, reflexions, aportacions (2005), Cuentos africanos (2005) y El secreto del bosque. Un cuento africano (2007); Baiso, ellas y sus relatos (2015) junto a Nina Camo y Melibea Obono, y Voces femeninas de Guinea Ecuatorial. Una antología (2015).

Teníamos entre ocho y diez años, vivíamos en una zona rural próxima a la capital.

En pleno auge de las independencias africanas, nuestro país no estaba al margen de estos acontecimientos; pero nosotras, en nuestra maravillosa infancia, estábamos fuera de ese mundo de adultos y sus movidas políticas.

Toplá, mi amiga, era la mejor alumna en la clase de Doña Gertrudis, también una de las mejores compañeras y para mí, una suerte tenerla como amiga. Pendiente de mí en la época de lluvias, muchas veces pasaba por casa con su hoja de malanga que hacía las veces de paraguas para resguardarnos de la lluvia. En clase, estaba al tanto de que las compañeras no rompiesen el cristal del espejo que adornaba mi maleta.

—Tihita, he venido a buscarte porque está lloviendo a cántaros. —Siento la voz de Toplá que ya estaba en el salón de nuestra casa.

—Ya voy, —respondo desde el otro extremo de la casa— solo me falta preparar mi pequeña maleta. Era una preciosa maleta de madera, al abrirse tenía un espejo que era la envidia de todas las niñas de la clase.

No dejo de pensar en aquellos años de mi infancia, en mi pueblo natal: Rebola. Las amigas de entonces, algunas vivas y otras ya fallecidas, todas vivíamos en un pueblo que ahora encuentro ¡tan cambiado!; no obstante, mis recuerdos siguen intactos y muy vivos.

—Tihita, hoy hemos de cambiar nuestra ruta habitual de regreso a casa,- me dijo Toplá después de la clase—.

—¿Porqué?, —le pregunté a mi amiga—.

—Porque me han dicho los alumnos de la clase de Don Robus, que habrá movida por la calle Mayor, ya que los diferentes grupos que luchan por la independencia de nuestro país ocuparan esa calle y puede haber disturbios.

Efectivamente, aquel día en el pueblo hubo muchos disturbios. Era el inicio de las innumerables manifestaciones que hubo en mi país en aquellos años.

Nosotras, al margen de estos acontecimientos vivíamos muy felices, aunque debíamos caminar unos cuantos kilómetros hasta llegar al río en busca del agua potable que teníamos que llevar a nuestras casas .Las noches de luna llena, es decir cada veintiún días, salíamos a jugar a la calle y el resto de las noches, disfrutábamos de las sesiones de cuenta cuentos que Sita Wewe nos explicaba y a la vez disfrutábamos de la inmensa sabiduría que destilaban sus historias.

Una noche, antes de acercarnos a casa de Sita Wewe para la pertinente sesión de cuentos, Toplá me dijo: «Tihita creo que deberíamos hablar con Sita Wewe, para que nos enseñe a contar cuentos y de esta manera podríamos hacer sesiones infantiles con nuestras amigas».

—¿Nosotras?, no me hagas reír. Es verdad que nos encanta escuchar

y disfrutar de los cuentos de Sita Wewe, pero de allí a narrar; de todas maneras, si quieres, se lo comentaremos a ver qué le parece.

La lucha para conseguir la independencia seguía y por lo que se anunciaba por la radio cada día estaba más cerca su consecución; no obstante, en el pueblo, a nosotras no nos llegaba nada, seguíamos jugando por las noches cuando la luna nos regalaba su espléndida luminosidad, porque en aquella época no había luz eléctrica ni agua corriente.

Sita Wewe seguía contando cuentos con la asiduidad de siempre aunque con los ajetreos de los independentistas, cualquier tipo de reunión o estaba vigilada o directamente prohibida, por lo que era muy fácil ser encarcelado o acusado de subversivo.

—Toplá, creo que ahora lo tenemos mal para aprender a contar cuentos, ya que Sita Wewe ha restringido los días que tenía estipulados para contar cuentos.

—¡Pero bueno mujer! ¿no estás al corriente? Sita Wewe ha hecho caso omiso de esa prohibición y ha anunciado en el pueblo que ella continuará contando cuentos todos los días.

Sita Wewe continuó explicando sus lindas historias, hasta que un día, estando la buena mujer contando un cuento precioso cuyo título es: «E Wesepo», en el que de vez en cuando se entonaba una canción y todos los presentes participábamos repitiendo el estribillo, mientras en la otra sala estaban las amigas de Sita Wewe, que como cada mes,

hacían el reparto del dinero del «Tontine» (economía popular entre mujeres), de repente se oyeron unos fuertes golpes en la puerta y voces que gritaban:

—¡Wewe, abre la puerta! ¡Wewe, abre la puerta!, sabemos que estáis ahí confabulando contra el gobierno, hace años que te vigilamos...

De repente se oye un estruendo y cae la puerta a tierra, entran cuatro hombres uniformados y encuentran a Sita Wewe que justo en aquel momento contaba el cuento de «E'Wesepo». En ese instante entonábamos el estribillo y el grupo del «Tontine» en la habitación de al lado estaban contando el dinero que se hallaba sobre la mesa.

—Pero ¿qué pasa?, preguntó Sita Wewe, me habéis destrozado la puerta ¿Qué buscáis?

—Estáis todas detenidas, —respondieron los policías— sin darles tiempo a que explicaran que era una reunión entre amigas y que era el día del Tontine. Uno de los hombres uniformados, el que tenía pinta de ser el jefe, las obligó a acompañarles ya que según les dijo, estaban detenidas. A la vez que uno de los policías se hacía con el dinero que estaba sobre la mesa.

Entre las mujeres del grupo que formaban el Tontine, las que veníamos a la sección de cuenta cuentos y Sita Wewe, detuvieron a un total de quince personas, entre las que había menores de edad. La casa de Sita Wewe estaba situada frente a la iglesia en el barrio de Borupé, muy próximo a la «Casa de la palabra», donde había un cuartucho que hacía las veces de sala de detención.

Pero estos servidores de la ley no discriminaron a nadie, independientemente de su edad, siendo todas introducidas en la camioneta y posteriormente conducidas al cuartucho de los detenidos.

Toplá y yo nos encontrábamos entre ellas, por estar ese día en casa de Sita Wewe. Yo en este instante recordaba aquella narración en que las liebres querían ser libres y un animal del grupo de las hienas, les promete que se convertirán en león con su ayuda, para así conseguir la ansiada Libertad... para luego ¡convertirse otra vez en hiena!

Contracorriente

Karla Lilitiana López San Román

—Olayinka, así se llama la doctora—dijo Ziva, intentando captar la atención de Sara, que iba de prisa rumbo al plantío de quingombó. Mientras ambas atravesaban las calles húmedas de Yakadu, y la ropa se adhería molesta a sus carnes azabache, volvieron a escuchar el anuncio a través de un altavoz. Una reunión de mujeres y niñas, temas de salud general, y la doctora Koso-Thomas, a las seis de la tarde. Sara le advirtió a su hermana que esa mujer venía a meterse con sus tradiciones; que estaba en contra de la infibulación, y que mejor sería que se mantuvieran al margen. Cuando Ziva escuchó aquella palabra, algo en lo profundo de su memoria se incomodó; había guardado aquella experiencia de dolor en lo más hondo de su cerebro, pero no la había olvidado; su conciencia agitada le decía que no expusiera a sus pequeñas hijas a lo mismo. —Sabes que es difícil Ziva, pero son nuestras raíces, no puedes nadar contracorriente—agregó Sara y se adelantó para dejarla con sus pensamientos. Ziva no le hizo caso, esa tarde se llevó a sus tres hijas a la plática que ofrecería la ginecóloga. La asistencia era mínima, pero eso no pareció desanimar a la ponente. Sacó un maniquí extraño, que mostraba las partes femeninas en todo su esplendor y empezó a narrarles el cuento del clítoris. Sharik, Johari y Niara escuchaban atentas, junto con su madre, el relato que cambiaría para siempre sus vidas.

Una noche en la tierra

David Cervera

Otro día que baja la persiana azabache, aderezada con grafiti lunar. Los adormecidos coches truecan rugidos por ronquidos, olvidados hasta que cante el gallo. De un avión cuelga un cartel: «Te querré hasta». Hasta que se acabe el espray, hemos de suponer; pues hasta la eternidad es mucho querer. En algún lugar, un amante simula su clímax; en algún penal, un amante lo disimula. Un pañuelo suave y una mano amable secan las lágrimas, sin ahogar el dolor. El ciclópeo faro cuca su ojo: busca el amor de un vapor. Un pincel engalana el ojo que refleja la luna, pintando pestañas como lanzas en Breda. Un corcel destriza la brida, brinca la cerca, relincha a la luna y se aleja de la caballeriza. Una mujer brinda por la vida, sonrío al escenario y guiña a la bailarina, que es su hijo. Venido del Sahel, un niño salta la valla, obsequia su sonrisa de marfil y corre a recobrar su mes de abril. Los grillos contienen su clamor para escuchar crecer la yerba. Los mendigos arriman sus manos a la hoguera para espantar al frío y otros fantasmas. El panadero prende el horno y acerca la diestra para asegurarse de que se calienta, mira el reloj y sabe que es hora de despertar al gallo de su sueño.

La agonía del desierto

Les affres du desert

Koffi Olivier Akaffou

La agonía del desierto, «desde el desierto hasta la tierra prometida... era una distancia interminable». Djom'lofi me hizo decir esta frase, con su mirada clavada en la nada. La fuerza intrínseca de su sufrimiento moral permitía ver en su rostro las secuelas físicas de esta desgraciada experiencia, que hábilmente se transcribieron en torrentes de palabras, para nada menos conmovedoras.

Sí, el desierto —continuó en el mismo tono morboso—, el desierto es el primer gran infierno para los emigrantes. Es la causa de todas las preocupaciones, el comienzo de todas las angustias. El desierto se explota a fondo. Cuando llegamos, nos dejaron a nuestra suerte, abandonados por nuestros guías.

En ese momento, la agonía nos dio la bienvenida, sonriendo, con los brazos abiertos sobre las grandes dunas de arena: ¡las hay más grandes en el Sáhara! Enorme, como el mar azul que esperaba con impaciencia a que llegase nuestra tierna carne para alimentar a sus tiburones. El calor, la sed, el hambre, la tortura, la prisión... también nos esperaban. En nuestras caras, la vida, nuestra vida, se veía constantemente desbordada. Y nuestros ojos, siempre cargados de arrebatos de desesperación, no dejaban de contabilizar pérdidas en nuestras filas cada día. Hombres, mujeres, niños... Desesperados. «Gente muerta... Sí, los muertos». Se calló. Grandes gotas de lágrimas de arrepentimiento llenaron sus ojos en abundancia.

Les affres du désert «Du désert à la terre promise... c'était une distance interminable». Djom'lofi me fit sortir cette phrase, les yeux rivés sur le néant. La force intrinsèque de la douleur morale chez lui, laissait percevoir sur sa face les séquelles physiques de cette malheureuse expérience, habilement retranscrites en flots de mots, pas moins émouvants. «Oui, le désert, reprit-il sur le même ton morbide, le désert c'est le premier grand enfer des migrants. C'est la source de tous soucis, le début de toutes angoisses. Dans le désert, on en est pleinement servi. À notre arrivée, nous étions livrés à nous même, abandonnés par nos guides». Et à cet instant, l'agonie, nous accueillit, toute souriante, les bras grandement étendus sur les épaisses dunes de sable : il y en a des plus vastes dans le Sahara! Vastes, comme la mer bleue qui attendait avec impatience nos tendres chairs pour nourrir ses requins. «La chaleur, la soif, la faim, la torture, la prison... elles nous attendaient, elles aussi. Et sur nos fronts ruisselaient continuellement la vie, notre vie. Et nos yeux, constamment pleins des bribes du désespoir ne cessaient d'enregistrer chaque jour des pertes dans nos rangs. Des hommes, des femmes, des enfants... Des désespérés. Des morts... Oui des morts». Il se tut. De grosses perles de larmes de regret emplissaient abondamment ses yeux.

Derrota

Déconfiture

Kouao Medard Bouazi

Cuando pisó la embriagadora ciudad de Abiyán, donde la laguna es la hermana de los hombres, Nathalie Bla se sentía como una pepita de oro, con un sueño. En la zona norte de la metrópoli el peso de la desgracia estaba sobre nosotros. Cada noche, Nathalie merodeaba, con paso ligero y con el cuerpo frágil, por una calle donde lo tabú ganaba en nobleza. Las andanzas de una heredera de la desgracia, de una niña de la generación perdida. El instinto de supervivencia, en el fan-goso submundo. Y se oían mil silencios de sufrimiento en el chicle que masticaba, impasible. En la capital se respiraba un aire de despreocupación bajo el manto de estrellas que la cubría. Nathalie apenas miraba a los transeúntes, prisionera de emociones silenciosas, con una mirada desenfadada que refrescaba las líneas de su rostro. Conservaba ese aire de mujer condenada que espera el final de un mal sueño, a la espera de que aparezca un cliente. A su alrededor, camuflados por farolas que resisten al paso del tiempo, unos desconocidos con picos humeantes reinventaban el mundo en plena noche de Abiyán.

De repente se oyó un grito, luego dos, y después un alboroto; se blandían las porras. Y como un chasquido, una avalancha de policías cargó contra la multitud de transeúntes. La desbandada. Nathalie corrió, se desplomó y luego, cediendo a la flexión de un tobillo, descubrió en su soledad que ahora sólo brillaba con un resplandor alicaído.

Quand elle a posé les pieds dans l'ivresse de cette ville d'Abidjan, cité où la lagune est sœur des hommes, Nathalie Bla était une pépite avec un rêve. Dans le nord de la métropole, on subissait le poids de la disgrâce. Et Nathalie rôdait chaque nuit, d'un pas léger, avec un corps fragile, dans une rue où les interdits gagnaient en noblesse. L'errance d'une héritière de l'infortune, d'une enfant de la génération perdue. L'instinct de survie, dans les bas-fonds boueux. Et on entendait éclater mille silences de souffrance dans le chewing-gum qu'elle mâchait, impassible. La capitale avait des airs insouciant sous le manteau d'étoiles qui la recouvrait. Nathalie dévisageait à peine les passants, prisonnière d'émotions muettes, avec une mine désinvolte qui rafraîchissait les lignes de son visage. Elle gardait cet air de condamnée guettant la fin d'un mauvais rêve, attendant le surgissement d'un client. Autour d'elle, masqués par des réverbères qui défiaient les âges, des inconnus aux becs enfumés réinventaient le monde, au milieu de la soirée abidjanaise.

Soudain, un cri, puis deux, puis le vacarme: on brandissait des matraques. Et comme un déclic, une avalanche de policiers fonça dans le tas de passants. La débandade. Nathalie courut, s'écroula, puis cédant au fléchissement d'une cheville, découvrit dans sa solitude qu'elle ne brillait plus que d'une lueur maussade.

Ella

Recaredo Slebo Boturu

La cocina de la abuela era mágica. Era emocionante observar salir el humo de entre las nipas entretejidas que orlaban el techo, sostenidas por unos cuantos troncos de no sé qué árbol. Y Ella, cuando a través del whatsapp recibió aquel mensaje, enseguida recibió en su mente los recuerdos, sentimientos y gratitud hacia la madre de su madre, que le había inculcado tantos valores en aquel poblado donde por las noches los grillos cantaban para que las luciérnagas lucieran su encanto. Recibió aquel mensaje. No pudo contenerse y las lágrimas bajaron formando dos cascadas ahiladas que inundaron aquel rostro de ébano. Los otros pasajeros se dieron cuenta, pero no pudieron intervenir por ser presos de una sociedad de almas solitarias. Ella estaba en el metro de camino a la universidad y esperó hasta llegar a la estación siguiente. Cambió de línea y subió a otro vagón para volver al piso que compartía con una chica blanca, que al recibir el mensaje de lo sucedido decidió interrumpir la cita de trabajo para estar al lado de su compañera. Las lágrimas seguían bajando, pero también se podía ver un resplandor de alegría brotar cuando recordaba los cuentos, cantos y leyendas aprendidas en aquella cocina de su abuela, la mujer que le había enseñado a vivir con valentía en un mundo maravilloso, aunque de desgracias perennes. Ella tiene nombre y apellidos, pero preferí llamarla ELLA.

La casa

Lucía Bermúdez

Cada año, el emigrante caboverdiano ponía algo de dinero de lado para construirse una casa en su tierra. Trabajaba a destajo en mudanzas y con el tiempo fue desarrollando una leve descompensación muscular en la pierna derecha. Aquello no le impidió mantener su profesión durante un par de decenios más de analgésicos y ahorros milimetrados, en los que su única ilusión fue aquella casita con vistas. Cuando por fin se jubiló y, renqueando por la ya más que patente cojera, llegó hasta el lugar donde debía estar la casa, no vio nada. Solo un solar frente al mar encrespado. Se sentó, confundido. Le dolía el pie derecho más de lo habitual y se quitó el zapato. De repente, al inclinarlo, salió la casa rodando. Minúscula pero completa, llena de aristas como espinas. Era tal como la había soñado.

La vida y otras banalidades

Manuel Arechavaleta Hernández

—¿El señor Hemingway, supongo?— farfullé sorprendido. ¡Allí estaba!... el mismísimo Ernest Hemingway cincuenta años después de muerto sentado a mi vera. No había reparado en él hasta que las nieves del Kilimanjaro aparecieron resplandecientes sobre el mar de nubes, claro que era mi primer viaje a África y no había separado mi cara de la ventanilla. He leído todos sus libros —dije torpemente, como queriendo dar a entender con eso que nos conocíamos bien. Su ego no pareció inmutarse. ¿Y para que viaja usted a Arusha?—preguntó con poco interés. Pues voy de cacería al lago Manyara, en busca de los cinco grandes; quiero fotografiarlos, quiero vivir la excitación de tenerlos frente a frente, dispararles ráfagas con mi cámara... quiero sentir lo que usted ha escrito... quiero sentir. Lo dije de sopetón, agitado, como si llevara tiempo esperando que alguien me hiciera esa pregunta. Querido joven, los tiempos cambian —dijo cortésmente—, soy consciente de que mis relatos de las cacerías africanas escandalizan a muchos lectores modernos, pero la naturaleza humana es inmutable. En esencia todos buscamos lo mismo, antes y ahora. El deseo y el miedo a la muerte rigen la vida y en cierto modo van de la mano porque el primero nos aleja del segundo. Y por eso nos atrae tanto África, porque es auténtica y primitiva... No se preocupe buen hombre, encontrará lo que busca. África no le decepcionará.

Isla Djerba

Pilar Carrasco

Las calles estaban inundadas y yo pensé que Alá se había puesto de mi parte. Finalmente, nos vimos obligados a tomar el transbordador hasta la isla de Djerba. Aquella noche, las estrellas no se fueron a dormir temprano. Apoyada en la barandilla, observé cómo las gaviotas bajaban a coger peces con gula inusitada. Aquellos peces, deslumbrados con el foco del barco, nadaban a ras de superficie convertidos en piezas fáciles de capturar. Posé mis ojos sobre la superficie ruidosa, en la que un impactante tamborileo de alas agitadas luchaba por despojar a las demás de su apetitosa presa. Él se aproximó por detrás y me abrazó sin palabras. No hablábamos el mismo idioma, pero nuestros corazones latían desaforadamente; al unísono. Su chilaba blanca ondeaba como una bandera. Sus pestañas acariciaban mi nuca. Apenas sabía pronunciar su nombre.

La llamada

Javier Prieto Goitia

Aquella sobria cuerda, desenroscada desde una nube con los bordes dorados por los últimos reflejos del sol que ya desaparecía, era una invitación para la anciana Assia, sabia y tenaz mujer de la tribu de los Holoholo. De cabello negro azabache y arrugas ajadas, algunas de las cuales, tan marcadas por el plumizo sol del Congo, que parecían una procesión de hormigas dirigiéndose hacia sus ojos cansados. De su acartonado cuello colgaban vistosos colgantes de colores rojos, naranjas y azafranados hechos con abalorios de formas geométricas. La anciana Assia inició el ascenso por la cuerda con manos de piel curtida. Una vez arriba, se encontró en un lugar sobre el cielo índigo, en una extensión similar al paisaje terrenal en el que había estado minutos antes. Podía respirar desde ahí la inconfundible frescura exquisita de la tierra fértil. Los imponentes árboles de caucho y los irokos, erguidos como solemnes columnas de madera noble ante ella. Flores de algodón blanco brillaban no muy lejos como una llama hecha de delicadísima muselina. Y ese olor delicioso de las plantas de café, como cuando se mete la cara con los ojos cerrados entre sábanas de encaje recién planchadas en su bandeja de mimbre.

Diosas Atlánticas

Patricia Corral Moirón

En medio del bullicioso mercado, Aminata, envuelta en una túnica naranja con peces de colores azules, masca un palito de madera mientras recoge las pulseras y esculturas que vende sobre una gran tela echada sobre el suelo, el único sustento de su familia. Desde que llegó de un pueblo de Senegal hace ahora diez años, habita aquel espacio con aroma africano, la ciudad de Las Palmas que un día la acogió. Esa noche volverá a recorrer el Paseo de las Canteras junto a sus amigas, y al igual que una diosa poderosa, mezclada entre el universo cosmopolita de gentes llegadas desde todos los rincones del mundo, caminará digna y nostálgica, refrescada por la brisa marina del mismo océano que bañó su infancia y bajará a la arena para acercarse a la orilla y mojar sus pies en aquellas mareas que un día la empujaron hacia su actual destino. En la otra orilla y a la misma hora, Yaiza, otra diosa henchida de coraje, contemplará el mismo Atlántico desde un pequeño bar cercano al puerto de Dakar, embarcada en un emotivo viaje hacia sus orígenes. Al día siguiente, seguirá rastreando entre las calles senegalesas en busca de la dirección de un hombre llamado Ousmane, escrita en un papel arrugado. El africano que enamoró a una joven canaria de la barriada de Guanarteme hace ya treinta años. El padre ausente al que tanto desea conocer...

Hermanas

Teresa Delgado Duque

Nací de día, en una isla cerca de África. La conocí cuando íbamos al instituto. Ella nació de día, en otra isla cerca de África. Me gustaba mirar a la joven recién llegada desde tan lejos que siempre reía a carcajadas. Años más tarde la volví a ver. Fui recordándola por sus pies descalzos, por su voz de trueno, por su sonrisa grande y blanca y por su piel negra como una noche clara. Esta vez nos abrimos las puertas del alma. Ella me nombró su hermana de abuela y de palabra. Crecimos con cuentos de abuela que nos enseñaban a amar la tierra y todo lo que en ella vive, porque todo es gente. A mirar los cielos cuajados de estrellas. A conocer los secretos de las partidas y de las llegadas. A mirar más allá de la niebla, una con los ojos de su cara negra, otra con los ojos de su cara blanca. Mi hermana y yo contamos cuentos con la voz de nuestras abuelas y las palabras exactas por eso lo que sale por nuestra boca traspasa el alma. Yo amo sus cuentos porque me trasladan a África, me sientan sobre la tierra cerca del árbol de la palabra, me dibuja una noche y me encienden una luna (aunque la sonrisa de mi hermana también vale porque alumbra) para que los cuentos encuentren sus caminos y los termina diciendo «Bochío wewé» que significa «Buenas noches». Yo le respondo «Pot'o o» porque sé que un cuento siempre es un regalo y ella me enseñó que «Pot'o o» significa «Gracias».

Amor en la sabana

María Rosario Naranjo Fernández

Mi Querida Señora: Hace días que vengo observándola y siguiéndole el rastro a todas horas. Vivo hechizado por el vaivén de sus caderas y ese caminar suave al tiempo que elegante con el que se desplaza de uno a otro lugar. Durante el día permanezco oculto, por miedo a ser descubierto y dar al traste con mis anhelos. Por la noche la contemplo mientras lucha contra el sueño, y a punto he estado de revelar mi presencia al notar cómo la vencía el cansancio, empujando esas largas pestañas tuyas, tan negras como el azabache, que son mi delirio. Acechándola en la oscuridad me mantengo hasta el amanecer, cuando el tibio sol comienza a bañar su cuerpo sinuoso y ágil. La veo satisfacer su apetito con ansia mal contenida. Aunque ha llegado a disputarle a alguna de sus vecinas cierto manjar no he sentido aversión; más bien al contrario, mi devoción ha aumentado, resolviendo presentarme lo antes posible para compartir el placer de un succulento bocado. Con todo, el deseo de gozarla desde lejos me ha retenido, y he podido deleitarme todavía con su boca firme, sus grandes ojos oscuros, su negra melena y ese porte esbelto que la distingue del resto. Invadido por un natural instinto acorto la distancia que nos separa. Percibo su olor y me siento el rey del mundo. Ha llegado la hora de conocernos. Y es que, amiga cebra, está usted demasiado rica. Suyo sinceramente, su fiel admirador: el león.

La bamba negra

Susy Montesdeoca Vega

...¡Ssssh! ¡Ssssh! ¡Ssss! Nelda abre los ojos en medio de la noche, otra vez el ruido que la despierta. Mira la ventana y piensa: La he dejado abierta, pero está cerrada. Será un sueño, estos últimos días no descansa bien. Vuelve a dormir. Por la mañana se despierta con una lluvia fina, parece que el sol no saldrá hoy. Se dirige al lavabo, abre el grifo y otra vez ese ruido. ¡Ssssh!, son las cañerías, estarán obstruidas. Ese era el peculiar sonido en medio de la noche. Cuando venga Jaime le dirá que le eche un vistazo. Necesita una taza de café. Siente un cansancio extraño desde hace días y ese olor que impregna la casa. Jaime dice que desde que llegó de África está algo hipocondríaca. No duerme bien, agotada, percibe olores y ruidos inusuales. El dice que se ha traído la esencia de África con ella. Jaime viaja a menudo, es fotógrafo. Nelda mira sorprendida el suelo. Hay unas manchas de humedad en el parqué. Toca el suelo. Es algo pegajoso, sigue el rastro, está por toda la casa. Después de una dura jornada de trabajo, Jaime llega a casa. Las luces apagadas. Se dirige al dormitorio. Nelda está acostada, enciende la lámpara de la mesa de noche. Ella le contempla con ojos complacientes. Jaime la destapa y observa con mirada despa- vorida que Nelda, ya no tiene cuerpo, se ha convertido en una desco- munal serpiente.

Un día diferente

Sergio Jorge Barroso

Llevo un buen rato caminando cuesta arriba. La brisa mañanera atraviesa el frío sudor y eriza todo mi cuerpo. Sólo oigo mis pasos y el fuerte latir del corazón queriendo salir del pecho mientras voy enfrascado en mis pensamientos. De repente, el adhan me despierta y anima a acelerar el paso. Cuando llego a la cima de la colina, la iqāma resuena por todo el valle. Rezo solo, en compañía de la naturaleza, sobre la tierra que me vio nacer y crecer. Finalizado el salat, me siento sobre una piedra y contemplo el valle. Las montañas más altas con sus impolutas nieves brillan con los primeros rayos. El agua del deshielo ruge cuesta abajo mientras salta de roca en roca para acabar regando las fértiles tierras del fondo del valle. Allí abajo todo es de un verde intenso, mucho más acentuado en contraste con el rojo fuego de las laderas que no son bañadas. Esto es el Atlas, mi casa. Todo parece normal, hasta que unos gritos llaman mi atención. Veo a lo lejos un grupo de forasteros con pesadas mochilas y me acerco. Allí me encuentro a un hombre tendido en el suelo llorando como un niño. Me explican en francés que se ha caído y no puede seguir caminando porque tiene la rodilla rota. Les ofrezco mi mula para bajar al herido al pueblo. Dicho y hecho; en cosa de tres horas estamos todos en la aldea. Me ofrecen dinero para agradecer mi gesto, pero yo lo rechazo. Simplemente les digo, sádaq.

La fábrica

Javier Martínez Ruiz

Tiempo atrás, un anciano le narraba en voz baja a su nieto como se los habían llevado; como los hombres pálidos y barbudos habían encadenado a los suyos, cuando sus ancestros vivían libres en el Gran Reino del Marfil; le susurraba la forma en la que los habían arrojado hacia el Ancho Mar. Según el anciano, no había sido para comérselos, ni para robarles sus almas guerreras y apropiarse así de su coraje, no. Los habían capturado tan sólo para trabajar allá en los campos, cortando cañas. A ellos... un linaje de cazadores de leones. Hoy ya mayor, cuando ese muchacho sigue en su turno en la fábrica, exhausto ya de limpiar y enlatar el pescado, sin tiempo para nada más, mira de reojo al mar a través de una ventana. Le parece entonces como si aquel barco negro siguiera calado allí, frente a su playa; como si la nave de la que le hablaba su abuelo y de la cual bajaron los hombres blancos, nunca hubiese partido. Sueña el chico con cazar leones mientras barre los suelos de espinas.

La errante

Pablo Ferreiro Alonso

No, no fue una ilusión. Contaron los tripulantes de un pesquero al regreso de su faena, que se vieron sorprendidos por la imagen de una tierra verde y luminosa, mágica, que emergía de las aguas. Cambiaron el rumbo, pero fue en vano. Cuando distaban solo unas millas, la isla se fue difuminando envuelta en la bruma incierta de los aires. Dicen las crónicas que hasta cuatro expediciones buscaron inútilmente esta isla errante que decían próxima a las Afortunadas, no lejos de las costas africanas. Tan cerca anduvo alguien de ella que su mapa fue trazado, se conserva en unas curiosas cartas de navegación y junto con otras declaraciones, se guardan entre el polvo bibliotecario de la Universidad de Coímbra. Sobre estas extrañas apariciones, nació la leyenda de San Borondón el santo irlandés que se lanzó a los mares a la busca de la isla del Paraíso y durante siete años su barca fue empujada por los vientos del Océano, hasta que divisó la más prodigiosa tierra que los hombres vieron, ya cerca de África. Se dice que el santo quedó en la arena de la playa y allí aguardó su muerte para luego poder entrar, guiado por los rayos del sol que parecían emerger de sus verdes montañas. La isla desapareció entre olas y murmullos de cantares. Nadie desde entonces, ha podido llegar a ella.

La representación

Adrián Cabrera Rodríguez

Le dije «madre» y me contestó «hijo». Vi a mi padre acercársele para propiciarle una caricia, lo vi aspirar el olor de su cuello como hacía cada que la abrazaba. La insté a que me cargase para hacer lo mismo, la fragancia era casi idéntica, olía como ella. Me acurruqué en su regazo de tal modo que su vestido me envolvía como manta. A ella le sentaba igual: mismas caderas curvilíneas, mismos pechos abultados, incluso se le asemejaba en su liviano contoneo al andar. Intentaba no mirarla directo a los ojos para no quebrar el encanto. Hay cosas que no se pueden imitar: podremos perfumarnos con las mismas hierbas, andar con los mismos fragores, afinar nuestra garganta para resucitar la voz de un muerto; pero los destellos del espíritu pertenecen a un único par de iris. Sacrificamos pollos y becerros que después comimos entre todos los asistentes. Se sirvió vino de palma y bailamos la noche entera, la última fiesta de mi madrecita etérea. Celebramos la eterna marcha de una mujer que se despedía de sí misma, pues así lo hacía mi segunda madre frente al cuerpo de la primera. No sé a que hora me quedé dormido, pero al día siguiente cuando desperté la mujer que hacía de mamá volvió a llamarme «sobrino» así que yo le respondí con un cariñoso «tía». La muerte de mi madre había comenzado.

El ladrón

Iker Pedrosa Ucero

El ladrón, que entonces no lo era más que en potencia, se apostó fuera de África y aguardó. Aguardó mucho tiempo. En ese largo tiempo fue atesorando esperanzas de obtener grandes riquezas. Imaginó montones de oro, personas, joyas y obras de arte caras en el interior de esa casa, África. Depositó tales visiones a sus pies y se acostó sobre ellas. Dormitaba feliz sobre las vaporosas riquezas, siempre con un ojo abierto, como los búhos, con el que vigilaba. Si alguien se acercaba demasiado el ladrón sacudía su pierna, o hacía como que iba a incorporarse, y eso bastaba para alejar a los ladrones de su fantasía. Si un niño se aventuraba en sus juegos cerca de los dominios del ladrón, este exhalaba un rugido y eso bastaba para alejar al incauto, aunque los niños ya estaban sobre aviso por sus madres y padres y rara vez osaban acercarse al ladrón ricamente tendido sobre sus etéreas posesiones. El ladrón siguió tumbado durante muchas décadas, guardando su botín soñado. Y largos años permaneció así el ladrón, acechando la casa que iba a robar, acechando África, sin conocer, torpe y primerizo ladrón, que ya otros perdieron su alma por la riqueza de la cuna del mundo.

El camino más largo

Daniel Salomone González

Caminaba sobre los cuerpos muertos, esqueléticos. Ella era doctora voluntaria en aquella región perdida donde el hambre era moneda corriente. Una lágrima se desplomó y se evaporó al instante. El sol le punzaba su cerebro y toda imagen se hacía difusa, irreal. Bebió un sorbo de agua de su cantimplora y pareció revivir. Eran las últimas alícuotas de frescura. De pronto, vio un movimiento entre los cadáveres marchitos. Al acercarse, encontró a un niño completamente desnutrido que clamaba por su auxilio. El pequeño ya no tenía fuerzas para moverse. Ella lo tomó en sus brazos y pidió ayuda a gritos. En ese momento, estaba sola. Ya todos sus colegas se habían marchado. Le dio agua con su cantimplora hasta casi agotarla. Corrió sin pausa hasta el refugio y ya no podía más. El calor era intenso. Los labios se resecan. La desesperación tejía figuras imposibles. El niño era flaco, pero al paso de los kilómetros, se hacía aún más pesado. Cuando llegó al campamento, se detuvo un instante. El niño la miró a los ojos y sonrió. —Gracias— Dijo entre dientes y la abrazó con fuerza. Ella se apresuró a ingresar al resguardo, y al momento, sus compañeros la vieron asombrados. Su cuerpo estaba sudoroso y sucio. En sus manos cargaba un niño muerto de hacía días; otro de los tantos que no sobrevivieron al hambre de miles que alimenta el poder de unos pocos.

Emancipación

Fernando Marín Gallardo

Tarde anaranjada de Harmatán. Extenuado de tanta canícula, harto de masticar arena en el pan ácimo y deseoso de encontrar las lluvias que verdean los campos, el guerrero Okonkwo, viendo como todo se desmorona, invocó a los dioses —negros como nosotros—. De un golpe estos levantaron las tres anclas que sujetaban el continente: la de las Columnas de Hércules, la del Sinaí y aquella lejana del Cabo de las Tormentas. Desataron después las cuerdas de los meridianos que más la apretaban, empezando por aquel nudo extranjero de Greenwich, desbaratando después los paralelos que siempre la condenaron, soltando las amarras del Trópico de Cáncer, el de Capricornio y hasta el mismo Ecuador. Entonces África navegó a la deriva, desligada de cualquier traba, sin tener que rendir cuentas a fetiches extranjeros. Remaron todos, relevando a vientos y corrientes oceánicas hasta encontrar el hemisferio secreto donde las lluvias suaves borran las fronteras inventadas. Andan los extranjeros como locos buscándolos: misioneros de dioses foráneos, organizaciones de ayuno humanitario y mercenarios de limosnas envenenadas, acreedores del Banco Universal, expertos de las Naciones Hundidas... Que tienen planes para ellos, que deben no sé cuánto, que se conviertan a no sé quién, que se dejen ayudar, que beban de esta agua. Nunca dijeron a dónde fueron. Andan buscándolos.

